Año I.—Núm. 76. Juéves 5 de noviembre de 1857. ISLAS BALEARES.

EL ISLEÑO,

PERIÓDICO CIENTÍFICO, INDUSTRIAL COMERCIAL Y LITERARIO.

PUNTOS DE SUSCRICION.
PALMA.—Imprenta y Librería de Gelabert.=MAHON.—D. Matías Mascaró.=IVIZA.—D. Joaquin Cirer.

PRECIOS DE SUSCRICION.
En Mallorca, 10 rs. vn. al mes.=En los demas puntos del reino 12 rs. idem, franco de porte.

El gorro.

Sin saber como ni cuando, por arte de birlibirloque, me encontré hace dias en mi mesa una carta abierta, de letra desconocida, sin fecha ni sobre, cuyo contenido es el que á continuacion traslado. Dejo al lector que averigüe, si le interesa y puede, de quién es la carta, y solo añadiré que al lado de ella hallábase tambien un gorro griego, hendido. Esto aumentó mas mi curiosidad, y empezé á leer la epístola que decia así:

«Muy señor mio: vive en frente de mi casa una jóven de diez y siete á diez y ocho años, hermosa como el sol de primavera. Sus ojos son azules, y su boca encarnada y alegre parece un nido de besos, prontos á volar. Tiene los cabellos rubios, las mejillas sonrosadas, el talle flexible, la mano fina y el pié... yo no sé como tiene el pié; pero apuesto doble contra sencillo á que es breve como la órden de un teniente mal humorado.

»Mi corazon es inflamable como una cajilla de fósforos; ve á una mujer y arde; declárala su amor y sigue ardiendo, es correspondido y se le acaba el misto. Hecha esta aclaracion nadie estrañará que mi vecina me inspirase una pasion violenta, ni que desde el amanecer hasta el anochecer estuviese yo asomado detrás de los cristales del balcon de mi casa, haciendo mas señas que un telégrafo en época de revolucion. No era menos asidua á asomarse mi vecina, que se vestia, peinaba y aderezaba en un gabinete, con las cortinillas del balcon levantadas; de manera que sorprendia sus menores movimientos y cada vez iba enamorándome mas. Esto sin contar el tiempo que pasaba fisgando como yo al través de los cristales; hasta el punto de que para los curiosos debiamos parecer dos ánimas en pena, ó por mejor decir, dos figuras góticas pintadas en los vidrios.

«Cansado de mirarla y de ser mirado aventuréme un dia á enseñarla un billete, escrito segun la moderna escuela, donde, como de costumbre, hacia grandes elogios de mi corazon—no era cosa de que yo hablase mal de él,—y la ofrecia una *fidelidad eterna;* con lo cual creí poco menos que asegurada mi conquista. ¡Error! No bien distinguió en mis manos el papel, cuando me volvió asperamente las espaldas, como si la hubiese amenazado con puñal, veneno ó pistola. Quedéme al ver este desvio estupefacto y con el aire de un empleado que acaba de recibir el oficio de cesantía, sin saber cómo esplicarme la conducta de mi vecina, que por una parte no parecia disgustada de mi amor, y por otra me habia enseñado el prólogo de unas solemnes calabazas. ¿Sería el natural pudor de doncella el que la habia obligado á rechazar tan bruscamente mis enamoradas ofertas y rendimientos? ¡Ay no! La casualidad, esa diosa burlona que juega con el hombre y los sucesos, esa cazadora de sorpresas que á lo mejor saca un mundo de la nada ó reduce á la nada un mundo, me dió la clave del proceder de mi vecina: amaba y no era yo el objeto de su amor.

«Era un garrido mancebo de agraciado semblante, que vivia en el piso segundo de mi casa, el que obtenia los favores de mi vecina; aquel á quien ella miraba y el que como yo, aunque con mejor fortuna, permanecia tambien desde por la mañana hasta por la noche asomado al balcon. El dia fatal en que le ví por primera vez tenia puesta una bata alfombrada y cubierta la cabeza con un gorro griego; el mismo que le remito á usted. ¡Ay! en aquel amargo trance, me creí mas digno del gorro que mi venturoso rival.

«El descubrimiento que acababa de hacer me puso de un humor áspero y desabrido; empezé á ver de color negro todas las cosas de la vida, lo cual me sucede muy á menudo; á renegar de mi destino de los hombres, de mi vecina y del *gorro.* ¡Qué reflexiones me inspiró el malhadado gorro! El es símbolo de todas las desdichas sociales. ¡Evitar siempre los *gorros!* ¡Si teneis casa y buena mesa, no os dejeis alucinar por las compañías de gorra; los *gorristas* os acosarán por todas partes, es comerán, os fumarán, os beberán, os harán palco de teatro, frac ó caballo, lo que mas necesiteis; y cuando á poder de transformaciones hayais llegado á la última, á la miseria, huirán de vuestro lado; mas para mayor escarnio os dejarán la *gorra puesta!* Muchas consideraciones podria hacer sobre el *gorro* y sus *delegados,* pero las omito, porque en boca cerrada no entran moscas.

«Apurando la materia, llegué á conocer que mi rival afortunado debia pecar de candoroso, cuando con el gorro puesto se atrevia á enamorar; y de consecuencia en consecuencia deduje que debia tambien carecer de sentido comun, y le tuve lástima, siendo yo el lastimado, y resolví vengarme, no de él sino de la ingrata que habia hecho de mí un oso como Dios hizo una estátua de sal de una mujer.

«¡¡Un oso!! Esta palabra penetró en mi corazon como agudo puñal. ¿Quién no ha visto rondar por las calles de la córte, de noche y de dia, con sol, y con agua, á una infinidad de sombras solitarias como el remordimiento, con el pescuezo estirado á la grulla, mirando á los balcones, suspirando y confiando sus penas á los portales ó á las esquinas? ¿Y quién no se ha reido alguna vez de estas desventuradas criaturas, que enamoran á cuatro vientos y que yendo â caza de una caricia suelen hallar un pasmo si es invierno ó un tabardillo si es verano? Galanes de balcones que enteran á todos menos á la amada de lo que piden, que pasan la vida en medio de la calle como el arroyo, diciendo ternezas al aire que es el que se lleva sus palabras y hace bien en llevárselas, pues para otra cosa no sirven. ¿Quién no se ha horrorizado ante la idea de transfigurarse en fiera de esta especie, perseguida y cazada, sino con escopeta ni lazo, con sus sarcasmos y burlas, acechada por los vecinos que, como á un caballo de copas, dicen siempre al verle: «*Ahí vá*» y despreciado al fin y al cabo hasta por la misma dama que á la luz de la luna, entre una tos de ida y otra de vuelta, le encaja un *te amo,* el cual de miedo de ser devorado no suele casi nunca llegar á su destino? Este terrible pensamiento, como digo, me animó en mis planes de venganza, y resuelto á todo, entré en mi despacho, tomé la pluma, y evocando las imágenes de mi ódio, escribí una carta concebida en estos términos:

«*Señorita*:
Al mirarla en el balcon
siempre de *cuerpo presente,*
un amor vivo y ardiente,
inflamó mi corazon.
Atrevíme á hacerla guiños
y señas y cortesías;
hice dos mil pollerías
que amor nos convierte en niños.
La pasion que entra de pronto
es ciega y no reflexiona;
yo juzgué que mi persona
no la asustaba y fuí un tonto.
Ya he visto en esta ocasion
que no la agradan mis trazas,
y acepto las calabazas
con toda resignacion.
No la volveré á enseñar
cartas, ni seré molesto;
me retiro, dejo el puesto
y *pelillos á la mar.*
No vuelvo á implorar socorro:
adore usted en buen hora
al del gorro.. ¡yo, señora,
no compito con un gorro!»

Escrita la carta, busqué traza para que llegase á manos de mi vecina, y no hallé otra tan adecuada como la de sobornar á una vieja que era madrina de mi ingrata y que entonces por haber venido á menos, serviala de aya. Era la tal, quintañona, remilgada y lo suficientemente fea para vieja, que es cuanto hay que decir. Tenia los ojos escondidos en el cogote, como avergonzados de estar en semejante cara; la nariz afilada y larga, tanto que en caso de persecucion, su dueño hubiera podido ocultarse detras de ella, como detrás de un biombo; la habla borracha, que á cada palabra daba un tropiezo; la barba prolongada como pescante de coche y mas arrugado el rostro, que un trapo á medio secar. Llorábanla los ojos, ignoro si de arrepentimiento por lo que habian pecado, ó de debilidad: era en fin la mas horrible criatura que pudo imaginar el diablo. No sé como logró inspirarme confianza la tal estantigua, que hubiera pasado por una bruja en cualquier parte; pero la venganza, como el amor, es ciega y no se para en los medios con tal de conseguir sus fines.

Dila, pues, la carta y un napoleon, y ella por ganarse otro, que rejalgar se la vuelva, en vez de dar el billete á su ahijada, fué y se le entregó al *señor del gorro,* el cual, como es de suponer, se puso que cogia el cielo con las manos. Yo lo supe porque á la mañana siguiente ví entrar en mi casa á dos caballeros muy sérios y muy atentos que venian de parte de mi ofendido rival á proponerme una funcion de pólvora ó sable. Quise demostrarles la inoportunidad de esta distraccion; mas no hubo medio de convencerlos, por lo cual apechugué con el lance que tan inopinadamente se me entraba por casa y comisioné á dos amigos para que arreglasen con los de mi rival las condiciones del desafio. Resolvióse que este fuese á sable y á primera sangre, cosa que no me disgustó y á la madrugada siguiente me encaminé en un coche con mis padrinos al lugar de la catástrofe.

Ya me esperaba en él mi adversario, tanta era la impaciencia que por matarme tenia. Confieso con ingenuidad que al verle temblé; que un hombre que tan á pechos toma una ofensa hecha á su gorro, bien es para inspirar miedo al corazon mas denodado, cuanto mas al mio. Saludámonos friamente, y cuando ya estuvieron terminados todos los preparativos, agarró con la diestra mano el sable y con la zurda sacó de una faltriquera el consabido gorro, encasquetándosele sin decir una sola palabra.

—Qué hace vd? le preguntó un padrino.

—Quiero que presencie el desagravio el que ha motivado la ofensa.

—Pero..... añadí procurando en vano ocultar mi turbacion.

—¡En guardia! dijo mi adversario interrumpiéndome.

No hubo mas remedio; atéme á la cabeza un pañuelo de seda para estar en iguales circunstancias que mi adversario, levanté mi chafarrote y comenzó la fiesta.

Ninguno de nosotros conocia las armas; pero á pesar de esto, nos acometíamos esforzadamente, y como mi rival tenia la razon, le rompí la cabeza.

¡Figúrese usted cuánto no seria mi asombro al ver partido el *gorro,* orígen de la contienda, y el cráneo de mi adversario! Con el corazon traspasado de pena y la mirada inquieta me alejé de aquel sitio de horror dejando al herido en poder de sus padrinos y del cirujano. ¡Ay! yo me marché de allí abrumado con la idea del crímen que acababa de cometer.

Pasé todo el dia en un desasosiego contínuo y por la noche tuve fiebre. Veia revolar á mi alrededor millares y millares de *gorros* que me miraban y se reian y me perseguian y acosaban sin tregua ni descanso. ¡Aquel era un fantástico mundo de gorros! Tapéme la cara con las sábanas, y nada; la vision no se desvanecia, antes aumentaba; mirábala crecer, oia en torno mio las siniestras carcajadas de aquellos monstruos de paño, cada vez mas prolongadas, mas horribles, mas próximas! Quise gritar y sentí que un gorro chorreando sangre me apretaba la garganta; ¡era mi víctima! ¡era mi remordimiento!

La luz del crepúsculo matinal vino á disipar las sombrías imágenes que durante la noche me habian atormentado. Salté con el alba de la cama, y llamé á mi criado para que me buscase el traje de casa; vino corriendo y lo primero que me presentó fué... ¡el gorro! ¡Ay! hizo mas; en su afan por servirme se atrevió á ponérmelo en la cabeza, pero yo en agradecimiento le puse la punta del pié en un *lugar* de su cuerpo *de cuyo nombre no quiero acordarme.*

—¡Bárbaro! esclamé ¿te han pagado para que me asesines?

—Pero ¿qué es esto? ¿señorito? Me preguntó sobresaltado.

—Vete, repuse, y llévate eso.

—¿Cuál? ¿el puntapié?

—No, añadí riendo á pesar mio. El gorro.

Ya mas entrado el dia, mandé preguntar por el herido, que como he dicho, vivia en el piso segundo de mi casa; pues tenia ánsia por saber de él. Mi criado volvió diciéndome que la herida era levísima, tanto que no le habia obligado á hacer cama á mi vecino, y yo respiré dando gracias á Dios que quitaba de mis hombros el peso de un crímen sangriento. Para tranquilizar todavía mas mi conciencia, escribí una carta á mi rival, manifestándole mi sentimiento, y ofreciéndole mudarme de casa; pues no queria vivir ni un dia mas en parajes que habian de estar recordándome á cada paso mis tristes aven-

turas ni volver á ver la fatal niña del balcon.

El herido contestó á mi carta con otra tan atenta como breve, que decia así:

«Muy señor mio: agradeciendo como debo el interes que me demuestra, acepto los ofrecimientos de usted, y aprovecho esta oportunidad para decirle que en todo tiempo puede disponer como guste de mi amistad y de mi gorro. Soy de usted etc.»

Con la carta tuvo mi vecino la idea de mandarme como un mensagero de paz, el gorro que acababa de poner á disposicion mia.

Cumpliendo mi palabra, me mudé á los pocos dias á otra casa, donde vivo sin asomarme á los balcones por temor de tropezar con alguna vecina enamorada, y donde sabe usted que puede contar con el afecto de un infeliz mas castigado por un gorro que por la fortuna.»

Hasta aquí llegaba la carta, la cual sin quitar punto ni coma, antes bien poniéndoselas, he creido conveniente publicar para escarmiento de amantes importunos; aunque hago mal en deducir la moraleja de ella porque me espongo á que sea calificada de *fábula*, cosa que á decir verdad sentiria tanto como puede suponer el piadoso lector.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

(Museo Universal.)

UN TESORO.

IV.

El hijo de Plá marchó efectivamente á Barcelona; cuatro dias despues recibimos la primera carta. Conociase que el resultado de sus conferencias con el *frare* le habia hecho concebir las mayores esperanzas, y aquella carta estaba escrita con ardiente entusiasmo; aun cuando en realidad se reducia á decir á su padre:

«La escavaciones deben practicarse no en la celda prioral, sino en la que habitaba el prior: entrando en esta, se encuentran á mano derecha los restos de una alacena, ahuecada en la pared. Que un hombre se coloque de pié contra el fondo de dicha alacena, despues de lo cual dará tres pasos al frente; y girando sobre la izquierda, otros seis, tambien de frente, de suerte que quede colocado delante de la puerta de entrada y à tres varas se encontrará una gran losa, con una argolla de hierro en el centro, que sirve para levantar esa piedra.»

Inútil es decir que los trabajos se emprendieron inmediatamente y con la mayor eficacia.

La siguiente carta decia:

«Levantada la piedra de que hablé en mi anterior, se profundizará hasta tres varas; hecho lo cual, darán los trabajadores la espalda á la puerta de la celda ó sea la cara al norte y continuarà la escavacion en forma de mina. Desde el principio se notará que esta existió antes de ahora, formada por un embovedado de ladrillos, y que ha sido rellenada de tierra la que se debe estraer. A las seis varas de mina se terminará esta, cortada bruscamente por la pared, que limita la celda. Es un erdiz: taladren a pared y la mina continuará: á las tres varas se encentrará interrumpida por otra pared, que es la que circuye todo el convento.»

Una tercera carta añadia:

«Como el recinto ocupado por el convento es el centro de una espaciosa cañada formada por tres montañas, el terreno empieza á elevarse precisamente contra los muros; así es, que el piso por la parte esterior es tres varas mas elevado que por la interior. Dije en mi última que tropezarian Vds. con el muro del recinto; taládrenlo tambien, y en vez de tierra se hallará una enorme piedra por cima de la cual corre un caudaloso manantial. Desde luego debe variarse el cause de este arroyo y taladrar la piedra, que está hueca: en su recinto se encontrará el *nido*.»

Esta carta, tan esplícita como terminante, y que no dejaba lugar á duda alguna, se recibió precisamente una hora despues de haber encontrado la losa de que hablaba la primera. Es verdad que faltaba la argolla, pero en su centro, lleno de orin, se veia el agujerro donde debió estar colocado el macho de aquella. Así es que la alegría del señor Plá rayaba en delirio.

Avanzando los trabajos se fueron haciendo estrictamente todos los descubrimentos previstos por el frare: apareció la mina, cegada; desocupóse y apareció el muro; horadóse, y se presentó la tierra: prolóngose la escavacion y dimos con la segunda pared; varióse el curso del arroyo, y una piedra colosal, dura como el diamante, presentó sus descarnados, pardos y rogizos flancos.

Aquello era para volverse loco; mi incredulidad desaparecia por horas; cada golpe de azadon ó de pico, desmoronaba mi fé...

Plá habia perdido dos arrobas de carne en cuatro dias.

Yo, que no tenia carne que perder en razon á la escasísima que cubria mis huesos, habia depuesto la jovialidad de mi carácter y el color sonrosado que el esceso de salud prestaba á mis enjutas pero juveniles mejillas.

A la tercera carta se sucedió la cuarta, concebida en estos términos:

«Ademas del tesoro que he regalado á Vd., he encontrado un dote para mi mujer: haga Vd. que dos hombres de confianza levanten los escombros que llenan la sala que fué biblioteca y ademas los ladrillos del pavimento, inmediatos al dintel de la puerta: que profundicen en esa direccion y se encontrará un pozo cuadrado, formado con ladrillos: á dos varas de profundidad, que arranque los de la parte norte: el pozo se convierte en mina; que rompan los dos últimos ladrillos y se verá que cubren un escondrijo ocupado por una vasija de barros: esa vasija está llena de monedas de oro, y eso oro es el dote que destino á mi mujer.»

Esta escavacion, como mas fácil, se terminó antes que la principal. Cuando los trabajadores llegaron al ladrillo que ocultaba la vasija, les mandé suspender la faena, pues la emocion de Plà le impedia pronunciar una palabra.

Así que quedé solo con él en la biblioteca, le puse un hachon encendido en la mano, así un pico y le hice señas para que bajase á la mina. Plá obedeció maquinalmente: yo le seguia de cerca y vi que enormes gotas de sudor brotaban de su frente y surcaban su rostro.

Llegamos á los ladrillos designados, me arrodillé y alcé un brazo armado con el pico.

Plá falto de respiracion, y cuyas piernas temblaban, se dejó caer mas bien que se sentó á mi lado.

Descargué un golpe y el ladrillo despidió un sonido ronco, apagado, señas evidentes del hueco que cubria.

Parecia que mi compañero habia recibido aquel golpe en el corazon: sus ojos brillaban como ascuas: sus manos, tanto era su temblor, no bastaban à sujetar el hachon que nos alumbraba.

Al tercer golpe saltó el ladrillo roto en mil pedazos y se presentó á nuestros ojos un vacio oscuro y profundo.

Pla y yo adelantamos ansiosamente la cabeza, hundimos sòrdidas miradas en aquel hueco y lanzamos un grito tremendo.

La vasija estaba allí, rota en mil pedazos, pero ni una sola moneda; el dinero habia sido robado.

Plá sumergió la mano y se convenció, con terror de aquella verdad.

--¡Robado! ¡Robado! murmuró.

--¡Robado!... repetí con estupor.

--¡Pero el otro! ¡El grande! esclamó dejándome adivinar su pensamiento.

--¡Oh! ¡El otro debe estar allí! No se roban 120 millones con la misma facilidad que uno.

--¡Es verdad! ¡Es verdad! esclamó alegremente enjugándose el sudor.

V.

Las veladas se pasaban alegremente en la casa de don Mariano, asistiendo à ellas el señor de Peyra, el juez y el escribano, el teniente Casajust y yo, ademas de la familia de aquel.

Jugábamos al tresillo, al solo ó prendas; contábanse cuentos, haciánse diabluras, y sobre todo, nos burlábamos de la necia credulidad del señor Plá, y de sus esperanzas de descubrir el tesoro.

En honor de la verdad, debo confesar que no era yo el que menos contribuia á aquellas burlas, y que generalmente tomaba la iniciativa, bajo el pretesto de referir algun incidente del dia, para mofarme y hacer que todos se mofasen de los proyectos y las esperanzas del buen Plá, sin considerar que de frustrarse sus designios, iba á quedar arruinado y sometida su numerosa familia à grandes privaciones.

Pero hacia tres dias que yo, deponiendo mi papel de primer galan en aquella cruzada de amargas sátiras, dejaba que los demas se entregasen á sus nunca terminadas improvisaciones, sintiendo como remordimientos de haber sido el fomentador, por decirlo así, de ellas.

Y era no solo que mis opiniones vacilaban, sino tambien que la obstinada fé de Plá, robustecida por los descubrimientos que se habian hecho en consonancia con los datos recibidos, empezaba á apoderarse de mi espíritu, contagiado ya hasta un estremo mayor de lo que yo mismo imaginaba.

--Está Vd. pálido y cabizbajo, me dijo don Mariano.

--Le habrá faltado hoy lo cartita de costumbre, dijo el juez, sempiterno recitador de versos un tanto cuanto cróticos.

—No debe de ser eso, observó doña Josefa, con su gracioso acento americano; á Vd., añadió, le sucede algo de estraordinario.

—Es verdad, me apresuré á contestar, adivinando que todas las miradas estaban fijas en mí; como no tengo la costumbre de padecer jaquecas, me sorprende y amilana la que me dá hoy.

—¡Tiene Vd. jaqueca!

--¡Hombre!

Y cada cual me recetó un remedio, eficacísimos todos ellos, para aliviarme de ella.

Yo ofrecí practicar todos ellos, dispuesto á no acordarme de ninguno diez minutos despues.

Y cumplí mi promesa.

Aquella noche, noche interminable para mí, lo fué de insomnio y de inquietud. ¿Por qué!... Hé aquí lo que no sabré esplicar: solo recuerdo que cuando empezaba à dormitar, me parecia que corria por mis venas oro líquido en lugar de sangre.

Al amanecer me trasladé al sitio donde se practicaban las escavaciones, y contemplé con asombro y cierta salvaje impaciencia el enorme peñasco negruzco con vetas rojas, que todos consideraban macizo á escepcion de Plá y yo, que por efecto de la escitacion febril, bajo cuyo impulso estábamos, creiamos ver sus vastas entrañas preñadas de oro.

Empezaron los trabajos: treinta y tres hombres provistos de martillos, picos y azadones; se lanzaron contra el peñasco, cuyos flancos despedian el hierro de las herramientas sin conservar señal alguna de los golpes recibidos: Plá y yo estuvimos à punto de creer que aquella piedra estaba hechizada.

A las tres de la tarde la demolicion del peñasco intentada por varios sitios, no habia adelantado nada absolutamente.

Plá se angustiaba viendo aproximarse la noche.

—Recorramos á los barrenos, le dije al oido.

--¡Oh! ¡Es verdad! murmuró él.

Aquella noche quedaron practicados y cargados dos barrenos bastantes á remover una montaña; pero como la operacion de cargarlos duró hasta cerca de las 10 de la noche, me libré de concurrir á la tertulia. Los que componian esta, creian que la destruccion del peñasco no tenia otro objeto que continuar los trabajos, siguiéndolos al azar.

Yo quise dormirme desde luego, pero me fué imposible conseguirlo; pareciame quo una montaña inmensa de oro gravitaba sobre mi frente, y cuando maquinalmente intentaba apartarla con las manos, solo sentia en ellas el fuego intensísimo de la calentura.

Cuando faltaban muy pocas horas para el nuevo dia, empecé á quedarme aletargado: creí descansar; inútil esperanza. La oscuridad de la noche cedió el puesto á una claridad tan viva, que mis ojos se cerraron, heridos por aquel brillo que no podian soportar; mas pasada la primera impresion, vi distintamente un monte enorme cuya base se hundia en las entrañas de la tierra; cuya cima desaparecia en el éter.... y que no obstante avanzaba lenta y magestuosamente à mi encuentro. Una continuacion de mil sonidos, semejante al que formaria una lluvia de pedacitos de oro cayendo sobre un pavimento cóncavo de cristal, atronaba mis oidos, filtrándose en ellos como hebras delgadísimas de vibrante oro. El monte se detuvo á algunos pasos de mi; la deslumbradora luz que despedia me envolvió como un torrente de fuego, y los senos de aquel se abrieron gradualmente en una vastísima estension, llena de accidentes. Pavimento, muros, techumbre, todo ello estaba compuesto de rios movibles de oro acuñado, que circulaban en revueltas y rápidas corrientes unidas en un millon de direcciones opuestas, formando un espectáculo fascinador, irresistible. Respirábase allí un atmósfera de oro que embriagaba y producia una sed devoradora, pero sed de oro, que me impulsaba violentamente á correr á apagarla absorviendo aquellos raudales con mis secas y ansiosas fauces. Miré á mi alrededor y todo habia desaparecido: mis vestidos eran un tejido compuesto de monedas de oro á imitacion de las antiguas mallas; pero una malla movible y de curso constante: mi vestido se escapaba de su puesto, al aparecer, y sin embargo, me cubria siempre; aquello era una locura feroz, inaudita, inconcebible: el cielo, la tierra, el horizonte, el aire, el perfume, mis pensamientos, mis vestidos, mis manos.... todo... todo era oro... oro donde quiera en interminable remolino... Aquella agonía era tremenda, aniquiladora, y desperté sobresaltado y cubierto de sudor.

¡Un vértigo terrible dominaba mi cabeza! dejé la cama, abrí el balcon y la brisa de la mañana refrescó mi frente, ahuyentando aquellas visiones.

¡Jamas me ha parecido el cielo tan hermoso ni el cielo tan puro!

VI.

A las ocho de la mañana estaban cebados los barrenos, y el fuego que debia comunicarlo á las mechas, ardia á muy pocos pasos de distancia.

Plà abatido por una emocion terrible, se habia sentado sobre una piedra, teniendo en las rodillas su sombrero calabrés. Cada uno de sus blancos cabellos, que tan venerable aspecto le daban, eran una fuente de gruesas gotas de sudor. Su mirada, fija atónita y sin espresion, estaba clavada en mí, que instintivamente comprendí lo que sus lábios violentamente estremecidos no podian articular.

La situacion era tremenda; una detonacion espantosa iba á sumirle casi en la miseria ó à convertirle en uno de los hombres mas opulentos del reino.

Hoy que lo reflexiono friamente, conozco todo lo que debia sentir su alma en aquellos instantes supremos.

—Señores, dije á todos los concurrentes; es preciso que nos alejemos de aquí, retirándonos á la Confreria. Julian, que ha cargado los barrenos, dará fuego á la mecha, yendo á reunirse con ustedes; el señor Plá y yo nos vamos á colocar en lo alto de aquel montecillo, dentro de la balsa donde los frailes criaban las tortugas, para presenciar la esplosion. Sargento, dije al que mandaba la tropa de servicio, no consienta Vd. que nadie regrese á este sitio hasta que oiga Vd. que yo disparo una de mis pistolas.

Inmediatamente se pusieron en movimiento todos los concurrentes, aplaudiendo aquellas medidas de prevencion, que creian encaminadas à evitar cualquiera desgracia; pero casi al mismo tiempo oí al oido estas palabras.

—Por un cinco por ciento se le colocará á Vd. el dinero que quiera, en Valencia, Madrid, Paris y Lóndres.

Yo hice como que nada habia oido y ni siquiera miré quién era la persona que me hablaba.

Un minuto despues estábamos solo delante de la piedra milagrosa, Plà, Julian y yo; y cuando nos disponiamos à trepar à nuestro observatorio, vimos llegar un hombre que corria con todas sus fuerzas.

Era Juan, el hijo de Plà, y ambos se abrazaron fuertemente, sin proferir una palabra; pero los ojos del anciano se cubrieron de abundantes lágrimas, que me conmovieron profundamente.

—Padre, dijo Juan, cuando hubo dominado sus emociones: ¿ha llegado el momento?

—Sí, Juan; dentro de cinco minutos estaremos en el salon subterráneo.

—Poco á poco, dije yo interviniendo: ¿olvida Vd. que hay dos puertas; una de madera y otra de hierro, que serán muy difíciles de violentar?

Plá fijó en mí una mirada llena de indescriptible arrogancia; en aquel momento me pareció un rey.

Cuando me hubo contemplado en silencio, se desabotonó el chaqueton y el chaleco, desciñóse un cinturon harto viejo que rodeaba su cintura, y me dijo con triunfante acento:—Esta

es la *culebra* del prior, y estas las llaves de las puertas.

Al pronunciar estas palabras sacó del ceñidor dos llaves medianas, de complicadas guardas, perfectamente conservadas; volvió á ocultarlas, recompúsose el vestidos y con un ademan nos indicó que le siguiéramos.

Julian, teniendo en las manos una mecha inflamada, permaneció inmóvil al lado de los barrenos como un artillero al pie de sus piezas.

Cuando hubimos llegado á la *Balsa de las Tortugas*, desde cuya eminencia se descubria, dominándola, la piedra condenada á volar, hizo una señal con su pañuelo.

Julian vió la seña, se inclinó, volvió á incorporarse, dió dos pasos, se inclinó de nuevo, prendió fuego á la segunda mecha y huyó de aquel sitio por el camino de la Confrería, con la velocidad de un gamo perseguido por la trahilla.

Yo fijé mis miradas en Plà, que se apoyaba descansando el brazo derecho sobre el hombro izquierdo de su hijo.

Estaba un tanto inclinado adelante, con los ojos clavados en la misteriosa piedra, y estendido el brazo izquierdo en direccion á aquella. De vez en cuando se limpiaba la frente, que no brotaba ninguna gota de sudor, con el pañuelo que conservaba en la mano.

Estaba pálido, pero con la palidez de un cadáver.

Su hijo le miraba atónito.

De repente vimos levantarse primero una y despues otra pequeña nube de humo, que se elevaron en reducidos remolinos; y despues, una detonacion inmensa, terrible, que estremeció el monte que nos sustentaba y despertó bruscamente los dormidos ecos del colosal Montsan, nos ensordeció los oidos: una nube de piedras de todos tamaños, desde el volúmen de una lenteja, hasta el de un gran fardo, pobló los aires, elevándose á una altura considerable. Sobre nosotros y á pesar de la distancia á que estábamos y del punto en que nos situáramos, cayó una lluvia de tierra.

Plá, semejante hasta entonces à una estátua, se animó instantáneamente, como si aquella primera esplosion, hubiera destrozado las ligaduras que lo condenaban á la inmovilidad, dió un salto enorme, y semejante á una avalancha, descendió de su puesto en direccion al tesoro, que imaginaba próximo á tocar. Su hijo le seguia de cerca, mas á los cincuenta pasos se detuvieron bruscamente y cayeron al suelo como heridos del rayo.

Una segunda esplosion, mas formidable que la primera, y que hizo temblar la tierra bajo sus piés y el corazon en sus pechos, vino á sorprenderlos, aterrándolos. Pero como si los impulsasen resortes inflexibles de acero, se levantaron con igual rapidez y continuaron aquella carrera, loca, desesperada, de que es imposible formar una idea.

Yo los imité saltando de piedra en piedra y procurando no dejarme entre los peñascos ó los arbustos pedazos de mi vestido ni de mi carne: y cuando llegué al sitio de la esplosion se presentó á mi vista un tristísimo espectàculo.

Los petardos habian levantado enormes masas de piedra y tierra, reventando por debajo á derecha é izquierda del pedrusco, uno de cuyos flancos habia desaparecido, dejando franca la entrada de una cavidad, negra, profunda, pero natural, y en cuya formacion no habia tenido parte alguna la mano del hombre.

Plà, ante aquel desengaño tremendo y supremo, habia sentido faltarle las fuerzas; dejándose caer á orillas de la gruta, fijaba en ella una mirada delirante, muy parecida á las que indican la ausencia de la razon; gruesas làgrimas bañaban sus mejillas, agitadas á intérvalos por estremecientos nerviosos.

Su hijo, reclinado contra un pared, parecia la estátua del dolor: porque el infeliz estaba sometido á la doble agonia de una esperanza inmensa, suprema y arraigada á su corazon y al espectáculo de la desesperacion de su padre.

Yo me acerqué á este; le tendí una mano y pedí inútilmente á mi cabeza una frase de consuelo para aquel desdichado.

El corazon dominaba en aquel instante al pensamiento, y solo supe decirle:

—Amigo Plà: es preciso ser hombre, para buscar medios con que emprender de nuevo la obra.

El me miró como si no hubiese comprendido bien lo que acababa de decirle; despues se incorporó lentamente; apoyó sus manos en mis hombros y murmuró con acento lleno de lágrimas:

—¡Si Vd. supiera!

Y volviéndose á dejar caer sobre una piedra, añadió sordamente:

—Pero ¡yo volveré!... ¡Yo volveré!...

Y en efecto, algunos meses despues cumplió aquella especie de amenaza.

Es probable que algun dia me decida á escribir esa nueva espedicion.

A los noventa y tres dias regresé á Tarragona, terminada mi comision, para ser víctima de todos los preguntones que me consideraban poseedor de la mitad del tesoro descubierto y distribuido entre Plá y yo, á fin de que ni la Hacienda ni los sócios de aquel recibiesen la parte que les habria correspondido.

FELIPE CARRASCO Y DE MOLINA.

(Leon Español.)

MODAS.

Hé aquí las últimas noticias que nos trae el *Correo de la Moda:*

Vestido de glasé negro, con adornos de pasamanería y azabache. La falda es doble, y la de encima, que termina al canto por un jareton, está abierta por delante, aunque junta, y separándose solo por las ondulaciones de la de abajo.

Cuerpo alto y liso que baje formando pico, cuyas puntas, algo separadas, imiten á las de un chaleco, y estén guarnecidas de una trencilla ó agreman estrecho. Cuatro presillas de pasamanería colocadas desde el cuello al talle cierran este cuerpo. Una berta de siete centímetros de ancha va colocada en forma de chal, quedándose por la espalda un poco mas alta del talle, y bajando hasta él por delante; esta berta lleva á la pegadura una trencilla ó agreman; un fleco estrecho al canto y está sembrada en su centro de flores de pasamanería.

Debajo de la berta, en la pegadura de la manga, nace una hombrera redonda guarnecida de un fleco que oculta el principio de la manga: esta es muy ancha y larga, y va ya recogido su vuelo por pliegues en la pegadura, y por otros mas pequeños en puño: una tira que se redondea en las puntas está guarnecida de su correspondiente fleco, sujeta el plegado en la muñeca, cruzándose las puntas encima de ella, y sostenida la cruz con otra presilla de pasamanería.

Sombrero de crespon blanco, cubierto de tul negro salpicado de cuentas de azabache. Al borde del ala y bavolet va un escarolado de crespon blanco, y dos blondas, una mas estrecha que la otra, van puestas al aire todo alrededor. Dos órdenes de bellotas de azabache en el ala y una el bavolet, completan el adorno de este sombrero.

Otro nuevo traje que debe adoptarse se compone de las prendas siguientes:

Vestido de moaré antique, color marron. Albornoz de paño osesno, es decir, de un paño de pelo muy largo y el revés atigrado, de modo que no necesita forro: va adornado de borlas de cordoncillo de seda, y todo el ribeteado de una ancha trencilla de seda, tambien del mismo color del paño.

Este abrigo, de grande amplitud, debe estar cortado de manera que quede casi ajustado por delante, donde se cierra con seis botones y sus correspondientes ojales. El cuello y capuchon serán de una sola pieza, y esta ocupa solo de hombro á hombro en la parte de atrás. por delante el cuello queda separado unos cinco centímetros, y forma dos puntas, que llevan su correspondiente borla: en el capuchon van colocadas otras dos, una al borde y otra á la punta.

La manga está cortada aparte y es lisa en la pegadura, ensanchando progresivamente sobre el brazo, tomando forma cuadrada y cayendo estremadamente larga por detrás: una borla pende del ángulo de adelante.

Por la parte de atrás este abrigo está cortado como un talma de mucho vuelo.

Sombrero de terciopelo del mismo color que el traje, adornado de plumas, blondas y cintas con rayas bayaderas aterciopeladas.

El ala avanza bastante sobre la frente y queda modestamente hueca de las mejillas: tanto esta como la copa y bavolet son lisos, de terciopelo, y una ancha puntilla negra va puesta al borde del ala, formando velete, y se prolonga todo al rededor del bavolet. Una gran pluma parte de derecha á izquierda, adornando todo este lado, y en el interior del ala lleva rostrillo blanco y un lazo de terciopelo verde al lado derecho.

PAPEL PERGAMINO.

Mucho tiempo há que Brac Connat ha descubierto que las aserraduras de madera, los tejidos de algodon y de lino podian cambiar una porcion del hidrógeno que los constituye por otra de óxido de azoe que se obtiene por la descomposicion del ácido azóico con el cual se tratan estas materias. Mr. Pelouze ha demostrado en seguida que el mismo principio se aplicaba al papel, y aun á esta descomposicion es á la que conviene producir la preparacion del algodon pólvora y la del colodion de Mr. Schoenbein. En efecto, si se toma por tipo de estas sustancias la piroxilina de Mr. Pelouze, la esperiencia demuestra que es inflamable y eminentemente eléctrica, y que por efecto de la sustitucion de cierto número de equivalentes, que varian de 3 á 5 de ácido hipoazoico (NO^4) á una proporcion igual del hidrógeno, esta materia se vuelve un cincuenta por ciento mas pesada que el papel que ha servido para prepararla. Fundado en estas observaciones y estudiando los trabajos de Mr. Kuhlmann que ha descubierto que la lana, la seda, etc. combinadas con el azoe, eran mas susceptibles de tomar el tinte que las materias vejetales, y los esperimentos de Mr. Mercer que ha demostrado que se obtenian efectos de tintura muy notables tratando los tejidos por los cloruros de zinc, de estaño ó de cal, por los ácidos sulfúrico ó arsénico, y sobre todo por los alcalis en caliente es como Mr. Gaine ha llegado á fabricar su papel pergamino.

Partiendo de este hecho conocido que el ácido sulfúrico bajo cierto estado modificaba profundamente la fibra vejetal, Mr. Gaine ha querido asegurar por esperimentos cual era la fuerza exacta del ácido que debia producir el efecto en el papel que buscaba, y cuanto tiempo debia estar sometido este papel á la accion de este ácido, y no tardó en descubrir que si el papel estaba sometido á la accion de una mezcla de ácido sulfúrico concentrado (del peso específico de 1,854) y de una parte de agua, durante un tiempo que no escediese de lo necesario para pasarlo á través del ácido, se convertia inmediatamente en una materia resistente, y semejante al pergamino. Unicamente falta quitar por lociones seguidas todo vestigio de ácido sulfúrico. Si la fuerza del ácido pasase mucho ó no llegase al límite señalado se quemaria el papel convirtiéndose en dextrina. El mismo paso á dextrina se verifica si se deja permanecer el papel por espacio de algunos minutos en el ácido sulfúrico despues que se ha efectuado el cambio en su textura.

En poco menos de un segundo de tiempo un pedazo de papel poroso y debilmente colado se ha tambien convertido en papel pergamino de una fuerza tal que una tira de 20 á 21 milímetro de ancho que no pesaba mas que 1 gramo 25 ha sostenido un peso de 41 kilómetros mientras que otra tira de pergamino de iguales dimensiones solo ha sostenido 25. Este papel, suave flexible como el pergamino animal absorbe el agua, mas este líquido no filtra al través de él, disminuye en sus dimensiones por efecto de la conversion mas no ádquiere ningun aumento de peso, lo que parece demostrar que no encierra ninguna proporcion apreciable de ácido retenido mecánicamente ó combinado químicamente, asegurándose por análisis que no existe en él vestigio alguno de azufre. El papel conserva pues completamente su identidad, y bajo este aspecto, defiere notablemente del fulmi-algodon, de la piroxilina, etc. Tampoco es eléctrico como estas sustancias, ni mas combustible que el papel sin convertir de iguales dimensiones y del mismo peso, é insoluble en el eter ó la potasa. El agua no le quita su integridad como el papel ordinário, y el calor ó la humedad no lo descomponen como el pergamino.

La fuerza de resistencia del papel pergamino, y su inalteralidad por el agua señalan inmediatamente muchas aplicaciones últiles. Es probable que pronto reemplace la vitela en la encuadernacion de libros, que proporcione una preciosa materia para consignar en él los documentos legales, las pólizas de seguros, los actos judiciales, etc. que se haga uso para la enseñanza primaria ó para formar los libros ó registros expuestos á la fatiga y al gasto. Se ha igualmente probado que el papel impreso en la prensa tipográfica ó en la de talla dulce podia muy bien someterse á la misma conversion. Finalmente algunos ensayos han demostrado que en papel-pergamino podia llegar á ser un objeto precioso para la fotografia y para las diversas aplicaciones artísticas, en cuanto es susceptible de recibir sin alterar los colores molidos al agua ó al óleo.

Por todo lo que va sin firma,

J. FIOL.

PALMA.

CRONICA RELIGIOSA.

Santo del dia de mañana

SAN LEONARDO, ABAD Y CONFESOR.

AFECCIONES ASTRONÓMICAS DE MAÑAÑA.

Sale el sol á las ... 6 hs. 34 ms.
Pónese.... á las ... 4 » 53 »

Hora en que debe señalar el reloj al medio dia verdadero.

Las 11 hs. 43 ms. 48 s.

AVISOS OFICIALES.

ORDEN DE LA PLAZA.

Gefe de dia para mañana: el comandante graduado capitan del regimiento infanteria de Luchana, don Eduardo Gelabert.

Parada, Luchana.

Hospital, provisiones, rondas y contrarondas, el mismo cuerpo.

El T. C. S. M.—Benito de Amorés.

NAVEGACION

EMBARCACIONES DESPACHADAS.

Dia 4.

Para Iviza y Valencia vapor Rey don Jaime I, de 229 ton., cap. don Gabriel Medinas, con 29 marineros, 45 pasageros, balija y efectos.

Para Cullera laud San José, de 28 ton., patron Antonio Roca, con 4 mar. y lastre.

Para Buquia id. id., de 52 ton., pat. Jaime Abraham, con 7 mar., vino y efectos.

Para Argel id. id., de 50 ton., pat. Bernardo Palmer, con 6 mar., vino y garbanzos.

Para id. id. Cármen, de 59 ton., pat. Juan Bosch, con 6 mar., vino y efectos.

Para Malta javeque Segunda Dolores, de 100 toneladas, pat. Bartolomé Moll, con 9 marineros, azúcar y efectos.

Para Tarragona id. San Juan Bautista, de 59 toneladas, pat. Andres Barceló, con 6 mar., un pasagero, habas y efectos.

Para Cagliari pailebot Marieta de 70 ton., patron Juan Costa, con 7 mar. y lastre.

SECCION DE ANUNCIOS.

Taylor y Lowe

ÓPTICOS DE BAVIERA,

PROPIETARIOS DE LOS ESTABLECIMIENTOS DE ÒPTICA *en Madrid, calle del Principe núm.* 12, *en Barcelona, Rambla núm.* 93.

POSEEDORES DEL MUY CONOCIDO INSTRUMENTO LLAMADO

OPTÍMETRO.

Comunmente cuando uno quiere procurarse anteojos, está obligado á esperimentar muchos, que cansan las fuerzas de los órganos ópticos, y dificilmente podrá obtener el grado que los cristales deban tener para que sirvan al abjeto deseado; ahora no será así gradúandolos à la vista de cada individuo con el OPTÍMETRO.

Por medio de este instrumento se sabe de una manera evidente cuales son los cristales que mas se adaptan á la vista, y de este modo evitar los perjuicios que causan los cristeles que son mas fuertes de lo necesario. Es puro efecto de la casualidad el hallar sin tal instrumento anteojos que convengan perfectamente á la vista; tampoco podria sin ausilio determinarlos con toda preciiion el mas esperimentado óptico.

Al mismo tiempo recomendamos nuestros anteojos con cristales de roca para todas vistas, y que se distinguen mucho por su buen corte, pureza y concavidad proporcionada, proporcionando un reflejo muy agradable á la pupila, que lejos de cansar la vista, la conserva para poderse servir de la misma muchos años. Tambien tenemos el gusto de ofrecer á los que se dignen favorecernos con su confianza, otra clase de cristales llamados *Perescopicos* que con escepcion de los cristales de roca, son muy preferibles á todas las demas, y reportan tambien muy grandes ventajas á la vista.

Ademas tenemos un hermoso surtido de anteojos de larga vista, Telescopios, gemelos para teatro, de varias clases y guarniciones y los de última invencion llamados *Duquesas* con 12 cristales muy cómodos y por su poco volùmen preferibles á los demas, lentes de mano y á lo *Quevedo*, de oro, plata, plata dorada, carey, acero y búfalo, anteojos de muchas clases para señoras y caballeros, y con cuatro cristales de diferentes colores, Linternas mágicas, Cosmoramas y cristales sueltos para Panoramas, Barómetros de mercurio, aneroides y metálicos, Termómetros, Hygrómetros, Pesa-licores, de plata y vidrio, Microscopios compuestos y sencillos y de Stanhop, Cuenta hilas, estuches matemáticos, brújulas sencillas y mineras y para agrimensores, eclimetros, Niveles de agua y aire y con anteojos, Cartabones, Pantometras, Alambiques para el ensayo de los vinos, Máquinas eléctricas y electro magnéticas, idem hydroplatínicas, Medidas para agrimensores y métricas de marfil, ballena y madera, planchas para retratos al Daguerreotipo, Manómetros para calderas de vapor, espejos de aumento, etc., y todos los artículos pertenecientes al ramo de óptica.

Los precios estan fijados con la mayor economía.

El despacho se halla en la cuesta nueva de Santo Domingo, número 54.

Nuestra permanencia en esta será de un MES.

Mr. MARIGNAC.

Mr. Marignac acaba de llegar à esta capital procedente de Paris con un grande y variado surtido de estampas de todos tamaños en negro y de color, una hermosa coleccion de estampitas coloradas para devocionarios, delanteros de chimenea del mayor gusto, una gran coleccion de grabados antiguos de los mejores autores, estereóscopos de los mas modernos y mejores que hasta el dia hayan parecido, con un surtido de vistas y grupos del mejor gusto, y tambien fotografias grandes para cuadros. Todos estos géneros se venden á precios equitativos. Hay igualmente un buen surtido de mapas de Dufour à 4 rs. uno, Atlas de 14 mapas á 24 rs., y una coleccion de buques pintados de todas clases y tamaños. El despacho se hallará abierto todos los dias en la casa de madera que acaba de construirse en la Cuesta nueva de la Pescaderia, junto al Teatro, y solo permanecerá en ésta hasta últimos de corriente mes.

AL BELLO SEXO.

En la fonda de las Cuatro Naciones, calle de las Carasas, sigue por su elegante surtido, la gran venta de pañuelos de crespon bordados en la China. A mas se han recibido dos magníficos pañuelos de cien y ciento cincuenta duros.

UTILIDAD, ECONOMÍA.

Se acaban de recibir de Madrid los polvos vejetales para la dentadura, de cuyas maravillosas cualidades basta decir que cortan el cáries de las muelas y dientes, é impidiendo haya en las encías sangre detenida, evitan con toda seguridad las enfermedades de la dentadura. Plaza de Cort, frente á la cárcel, tienda. En la misma se han recibido de Cataluña paños mesclas, diagarrados y cuadros, desde 8 1/2 sueldos palmo, cueros desde 14 1/2 pesetas corte, cuero de algodon á 9 cuartos palmo y otros artículos de lana y algodon. Hay tambien lámparas de bomba de cristal.

NUEVO ESTABLECIMIENTO

frente San Nicolas.

Mr. DOUX acaba de llegar de Paris con un grande sartido de estampas modernas y una preciosa coleccion de grabados antiguos de Italia y otros de las cuatro partes del mundo de cuatro varas de alto por cinco de ancho, coladas sobre tela. Mapas á tres reales. Atlas de Dufur 14 mapas à 22 rs., y por último, un gran surtido de pantallas de toda clase. Todo lo cual se espende á precios sumamente baratos.

ALMENDROS.

Los hay de venta de muy buena calidad en la villa de Sóller, por ser de un plantel situado en terreno muy seco y ventilado, y que no estan viciados porque no se les ha dado abono. Se venden á precios equitativos, transportados à Palma si se quiere; y para su compra podrán dirigirse al secretario de dicha villa.

AL ESCUDO PALMESANO

Gran surtido de ROPAS HECHAS para la presente estacion de invierno.

El dueño de este gran establecimiento convencido al darle vida que debia sostenerlo al nivel de los adelantos del siglo, no omite constantemente medio alguno para servir à sus favorecedores de toda categoria, con el buen corte y toda clase de géneros desde el mas económico al de mas elevado gusto y calidad, tanto de las mayores fábricas del reino como del estranjero. Cuesta *d'en Brosa* número 34.

GRAN BARATO DE PAÑOS,

PLAZA DE S. FRANCISCO NUM.° 27.

Acaba de abrirse un establecimiento de géneros para invierno, á precios estraordinariamente baratos, como son: paños de todos colores y de todos precios: idem mezclas del mejor gusto para trajes: idem cuadritos para trajes de caballero: idem satenes negros: idem castores: idem pañuelos de lana: idem de algodon: idem tartan para forros,

TIENDA DE VIDRIOS PLANOS,

PLAZA DE CORT, NÙMERO 54.

En ella hay un grandioso surtido de vidrios planos de las mejores fàbricas del reino, como igualmente un grande depósito de lunas azogadas para espejos, de reinos estrangeros. Dichos articulos quedan anunciados desde hoy á fin de que puedan surtirse las personas que necesiten de ellos, con mas baratura que en ningun despacho de la isla, como igualmente canales y cañerias de hoja de lata y de zinc.



A LA NOVEDAD PALMESANA.

Gran bazar de sombreros y gorras á la última perfeccion y á precios módicos como son: 1.ª clase á 50 y 56 rs. uno: 2.ª clase 32, 36 y 40 reales id.: 3.ª clase 22, 26 y 28 rs. id.; advirtiendo que el que desea hacer cambio de usado con nuevo se le abonarà segun su estado 4, 8, 10 ó 12 rs.; à mas todos los domingos por la mañana se plancharan los sombreros de valde; tambien se recomponen sombreros dejandoles á la moda. El establecimiento está situado calle de *Bastaxos*, número 28.

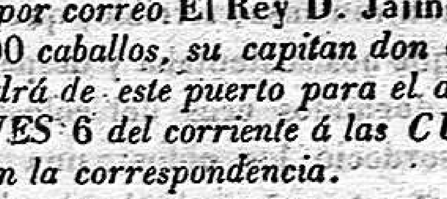
En el mismo establecimiento se acaba de recibir un gran surtido de paraguas y sombrillas de todas clases y precios sumamente módicos, como son: paraguas de 16 reales hasta 80; sombrillas de 10 reales hasta 90; igualmente hay un gran surtido de varios géneros de quincalla los cuales se ofrecen á precios sumamente baratos.

ALQUILER.—En la calle de la Mision; yendo à la de los Olmos, hay un primer piso para alquilar con tres cuartos dormitorios, cocina y agua de fuente.

AL PÚBLICO.

Se estan esperando dos grandes buques noruegos cargados de tablones, madera roja, superior calidad, procedentes de los principales puntos de Suecia, y mejores que los que se descargan del señor Cetre; se espenderán sobre el Muelle á 12 1/2 duros la docena de 21 palmos todo lo mas.

LOS PADRES, TUTORES Y DEMAS ENcargados de mozos que han de entrar en el próximo sorteo de provinciales, y quieran entrar en concordia, se avistarán con don Gerónimo Forteza que vive en la plazuela de las Copiñas.



El vapor correo El Rey D. Jaime I *de lo fuerza de 200 caballos, su capitan don Gabriel Medinas, saldrá de este puerto para el de* Barcelona el *VIERNES* 6 *del corriente á las CUATRO de la tarde con la correspondencia.*

Admite cargo y pasageros.

Se despacha en la plaza de las Copiñas núm. 44.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE PEDRO J. GELABERT,

Pas d'en Quint n.° 74 y Plaza de Cort n.° 38.

SE VENDE

GUIA DE MONSERRAT

Y

DE SUS CUEVAS.

OBRA ESCRITA POR

DON VICTOR BALAGUER.

Esta obra contiene: un itinerario para los forasteros y estranjeros, la historia y tradiciones del monasterio, la descripcion de la montaña, la de las ermitas y capillas, las trodiciones de Juan Garin y del hallazgo de la Vírgen, unas curiosas efemérides del santuario, los detalles del templo antiguo y del moderno, la reseña de las joyas que antes poesia la Vírgen y de las que posee ahora, la historia de la destruccion del edificio por los franceses, la descripcion de la ceremonia que tuvo lugar con motivo de los regalos régios, una série de curiosos y notables apéndices y una descripcion detallada y exacta de los admirables cuevas de Colibató.

Acompañan á esta obra tres láminas grabadas en boj.

PRECIO DE LA OBRA: *En rústica 7 reales y en pasta* 10.

CALENDARIO

Y

ALMANAQUE RELIGIOSO, INSTRUCTIVO, CRONOLÓGICO, HISTÓRICO, PROFÉTICO, ASTRONÓMICO, POPULAR Y DE ECONOMÍA,

PARA LAS ISLAS BALEARES

MALLORCA, MENORCA É IVIZA,

CORRESPONDIENTE AL AÑO DE

1858,

Dispuesto con arreglo al Meridiano de Palma, aumentado con una multitud de curiosidades que sirven de recreo y entretenimiento. Adornado CON 15 GRABADOS *que representan varios objetos.*

PALMA:

Imprenta de Pedro José Gelabert, editor responsable.

Por el Editor
P. J. Gelabert